

y nombres. He aquí algunos: Calvo Sotelo, Francisco Pizarro, Balmes, Cervantes, San Agustín, Trujillo, Chorrillo y Costanilla.

Santa Rita en Mayo y el Cristo en Septiembre son sus festividades de tradición y enjundia, ambas de tipo religioso. Durante la primera fluyen peregrinos de pueblos colindantes a cumplir promesas a la santa.

En sus tradiciones y costumbres aflora la herencia ancestral de sus mayores; las *medias lunas* que ponen a los niños lactantes y a sus madres nos indican el influjo del culto a la luna, a la que consideraron diosa; la práctica de *sobar los «embargos»* con aceite nos lleva a la evocación de brujos y curanderos en los albores de la medicina; *los chozos de la velá* muestran las últimas reminiscencias del culto al fuego, así como el hoy desaparecido *baile de la cruz del fraile* trae a nosotros la evocación de los coros y danzas que los antiguos practicaron en honor de sus dioses.

El hombre es de mediana estatura y de complexión robusta, de ademanes lentos y andar despacioso. Tiene el gesto duro, la mirada profunda, escudriñadora a veces. Reservado y reacio a la entrega, con dificultad llegaremos a tocar los últimos entresijos de su alma. Con una entreabierta sonrisa que no llega a realizarse, refleja sus horas buenas, la tristeza queda oculta bajo el fondo pupilar de retina, su hosquedad tiene un fondo cordial de ternura bondadosa conjunta con una ley natural que impide su acción a la justicia.

«He dormido esta noche en el monte
con el niño que cuida mis vacas».

.....

.....

¡Vaquerito mío!

¡Cuán amargo era el pan que te daba!

La mujer empareja con el hombre; su andar es más movido; el rostro moreno y la nariz bien marcada, con ojos grandes y largas pestañas; los labios finos y boca de potentes incisivos; la espalda ancha y recia; su cintura es leve, imperceptible casi. Casera y recatada, con el alma abierta al amor por el prójimo. Vésela con frecuencia ensimismada en interiores coloquios, postrada ante los brazos de una cruz.

ANTONIO MENA OJEA

PARA suscribirse a «ALCÁNTARA»

basta con llamar los días laborables al teléfono
n.º 1584, desde las diez a las trece y media horas.

Nueva marcha triunfal

(LOS REYES MAGOS)

Ya vienen de Oriente los tres Reyes Magos,
cruzando cortijos y puentes y lagos
por los «nacimientos» y por los «belenes»...
Cruzando esperanzas..., cruzando dolores...,
poblando de ensueños
los sueños
de sus cortesanos los niños pequeños
y acaso de algunos mayores.

Su poder es tanto
(como de Monarca que es Monarca y Santo),
que con su leyenda de amor y de encanto:
de fuerzas insólitas: de empresas pueriles;
con sus vestiduras de vivos destellos,
asombro de tantas mentes infantiles,
y con sus halagos,
saben hacer bellos
hasta los perfiles absurdos
y burdos
de sus macilentos
y lentos
camellos.

Ya vienen de Oriente los tres Reyes Magos.

Los nenes y nenas
apenas
extiende la Aurora sus blondas melenas

de oro,
 despiértanse inquietos, buscando impacientes su nue-
 ¡Oh, cuánta alegría! [vo tesoro.
 ¡Oh, qué algarabía!
 Qué de risas levántanse a coro
 a cada «chimito»,
 cada paquetito,
 cada chuchería.

Y los padres... ¡Oh, los padres! Qué gozo
 con tanto alborozo.

También para ellos llegaron los Magos.

La noche pasáronla inquietos por temores vagos,
 temiendo no fueran bastantes sus muchos desvelos
 para que sus hijos vivieran su día con risas y cantos,
 entonando preces a los Reyes Santos.

Y entonces se piensa en los tiempos que fueron.

Lo que yo he temido mis padres temieron.

Lo que yo he gozado, mis padres gozaron.

Cuando yo era niño... ¡Cuánto me quisieron!...

Lo que me mimaron...

Mis padres queridos: Si me viéais ahora,
 marchitos los labios, surcada
 la frente...

¿No queda, Dios mío, no queda en mí nada
 de mi infancia clara, sana, reidora?...

Queda la Ilusión
 de que hasta mí lleguen los Magos de Oriente,
 trayendo del Cielo, cual santo presente,
 vuestra bendición.

SIN NINGUNA IMPORTANCIA

HAY situaciones en el curso de nuestra vida que contribuyen muy directamente a rectificaciones de juicios y hasta de afectos. Esto, que debiera ser y lo es, desde luego, en gran parte, el resultado de un análisis deductivo de nuestro carácter y moralidad, depende también de esa primera impresión que dejamos en el ánimo ajeno. Tal entrada en escena, como califican este hecho los frívolos y los elegantes, suele ser, si sabemos utilizar toda nuestra discreción, la gran panacea para nuestra futura vida social. Quien posea su secreto, esa admirable intuición para privarse a tiempo de cualquier placer para no caer en ninguna posición ridícula, bien podríamos calificarla como la criatura más formidable del siglo. Un gesto hecho a tiempo y con distinción nos gana la voluntad ajena, por rebelde que nos sea; una actitud enérgica, sostenida sin pedantería, nos abre con frecuencia las puertas del aprecio, pero una posición de brabuconería en un mísero, una resolución desproporcionada con nosotros, nos hundirá en el más risible de los menoscambios.

¿Quién no rechaza, por ejemplo, la visión de su amada—¡y tanto!—machacando ajos en un almirez? Convenid conmigo en que, por muy mujer de su casa que esto la revele y la haga acreedora a todos nuestros respetos, es espantoso.

¿Cómo diablos ha de tener los brazos «alabastrinos y gordezuelos» si las mejores horas del día se las pasa machacando ajos? ¡Imposible, señores!

¿Pues qué de una beldad soplando un cornetín, a pesar de que esto la haga una estupenda artista? Un tacón de menos en el atuendo de una señorita os parecerá una cosa monstruosa y, por fin, suponed a la belleza de vuestras ilusiones dando volteretas como un gato en las intimidades de su hogar y os sentiréis abochornado.

Allá en nuestra juventud—¡qué pronto se nos escapó de las manos!—, dimos con nuestros huesos en un pueblo olvidado, de la serranía andaluza. En seguida, nos cautivaron la alegría de sus decires, la graciosa expresión de sus gestos y su prodigiosa fantasía imaginativa. Como es natural, una de aquellas señoritas comenzó a sorberme los sesos. Estaba ya a punto de caramelo, cuando se le ocurrió la mala idea de celebrar una manifestación. ¡Oh, aciaga tentación suya! No queráis saber el tremendo ridículo que me hizo pasar cuando la ví llevando nada menos que entre sus brazos una enorme bandera. ¿Cómo era posible que, desde este momento, pudiera yo consagrar toda mi musa en loor de su belleza, si a impulsos del viento que hinchaba la tela, como a una carabela, la había visto doblarse igual que una lámina de aluminio? ¿Con qué convicción le podía ya decir aquello de linda como el plenilunio que nos sorprende extasiado a la espera de las liebres o belleza existencialista, que entonces